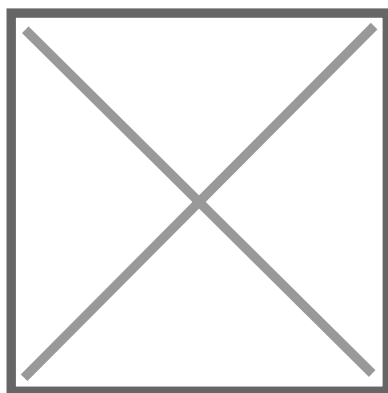




Algunos las empuñan, otros las buscan...

665460

El valor de las condecoraciones según escritor Baltazar Castro

Ernest Hemingway publicó en 1923, en *Del Star Weekly* de Toronto, del cual era corresponsal en viaje, una corta crónica sobre el valor de las condecoraciones en el mercado dedicado a la compra y venta de objetos antiguos, de piezas extrañas con alguna historia que mostraban a los turistas. El autor de "¿Por quién doblan las campanas?" ofrecía alguna medalla y preguntaba por el precio de las condecoraciones más apetecidas en la primera conflagración mundial recién terminada. Fracaso absoluto. No había interés por medallas, ni por cruces de la victoria ni por cruces de hierro ni de plata. A pesar de

todos los subterfugios usados, el escritor no pudo escarbar demasiado en esa línea Maginot de defensa que habían levantado los mercaderes de Toronto contra todo lo que significase recuerdo de episodios heroicos o comportamientos irreprochables en las filas, que fueron premiados durante los años de acción bélica. Preferían olvidar. Los propietarios de las condecoraciones regresaban a casa con el ceño duro y la medalla sudada en la palma de la mano, pensando qué destino darles que significase algunos centavos de dólar que aportar al menú de la casa. Otro tanto ocurriría en Londres y Berlín. Los alemanes, antes de la derrota definitiva, habían avanzado al compás de los aires victoriosos de la vieja Prusia, trasminados por el mensaje de marchas guerreras que llaman al combate. No hay duda que las condecoraciones les llegarían como densa garúa. Después de deponer las armas irían por Under der Lunden buscando viejos judíos que les encontrarían destino a las condecoraciones nada de útiles en el rincón sombrío del hogar.

Los latinoamericanos somos proclives a la condecoración. Por quitarme estas pajas le colgamos en el pescuero nuestra más alta condecoración a cualquier funcionario de sede extranjera instalada en nuestro país. Nadie se explica qué tremendo beneficio reportó a Chile hombre tan distinguido por nuestros diplomáticos, salvo la disciplinada concurrencia a los ágapes que, cada día patrio del embajador amigo, ofrece en sus dependencias. Durante todo el año se produce un inter-

cambio de visitas, entre las que se cuentan no sólo diplomáticos, sino que también criollos muy informados de las efemérides americanas. Mientras me cupo el honor de presidir la Cámara de Diputados, accedí a concurrir a una de estas recepciones, por tratarse de un país excepcionalmente amigo nuestro. Me llamó la atención una mujer de pieles y sombrero muy emplumado que iba por las mesas, desenfadadamente, trincando trozos de pavo, panecillos con caviar, sardinas españolas, sin despreciar las copas que garzón oportuno llenaba hasta los bordes. Creo que descubrí varios ejemplares de igual prestancia y parecidas aptitudes. Ernesto Goycolea, secretario de la Cámara, me explicó: "Dan vuelta el año concurriendo a estas recepciones. No se les escapa una". No estoy seguro si nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores las condecoraría a vuelta de temporada por tan valiosa contribución a la hermandad continental.

Nada digamos, por favor, de los Ministros de Relaciones Exteriores que reciben condecoraciones a destajo en el exterior y tierra adentro. Cuando les piden la renuncia se comprueba que han perdido cuanto votación disputó Chile en organismos internacionales, lo que no obsta para que precisen de una carretela para trasladar a casa los metales que les colgaron al cuello. A mí me declararon "Hijo Ilustre de Rancagua" unos regidores

que iban de conservadores a comunistas, por haber logrado el "Premio Municipalidad de Santiago" de novela, gracias a una obra que se llama "Un hombre por el camino". Guardo la medalla de "Santa Cruz de Triana" en mi biblioteca. Según como vayan las cosas, ¿tendré que ir a pignorarla? No estoy informado respecto de los flujos y reflujos del mercado de condecoraciones. Si en el Mercado Perra no hay una sección para estos artículos, más valdría ir creando una, pues no me cabe duda que interesados habrá por montones.

Los deportistas hacen buen uso de medallas cuando están en la cúspide de su capacidad. Nadie creería que yo fui campeón de los 100 y 200 metros planos, a más de saltos largo y triple. Las medallas se vinieron llenando de polvo hasta que ya nadie las recordó. No sugiero haberlas vendido, pero pudimos entregarlas al taller donde confeccionan las medallas al Ministerio de Relaciones y las municipalidades: Ministros y alcaldes lo agradecerán de corazón. De seguro ellos precisan de panzudas calderas donde se estará preparando el metal para las condecoraciones de representantes extranjeros y de Hijos Ilustres.

Pretendo que éstas sean buenas ideas para cuando lleguen tiempos de vacas flacas y los mercados de valores se vengán al suelo como eucalipto cercenado por un rayo.

La Estrella de Arica, Arica, 20, 1938, p. 22.

El Valor de las condecoraciones según escritor Baltazar Castro. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Valor de las condecoraciones según escritor Baltazar Castro. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile